

# El intruso



DAVID HUERTA

Agarrado de las luces y del viento, circulo  
por todos los salones de la buena sociedad  
y nadie alcanza a reconocerme porque  
salgo a través de las ventanas antes de que lleguen  
a examinar mi rostro, que está cubierto  
de escarificaciones rituales

Una vez encontré en un salón de artesanos  
decadentes y altísimos a una muchacha  
de ojos verdes y grandes pechos,  
delgada y atlética, no muy inteligente,  
detrás de una fuente neoclásica. Creo que era  
el jardín de una casona en Provincetown.  
La prendí por los cabellos y conseguí  
que me contara su vida y me hablara  
de *haute cuisine*. Yo ya no sabía dónde meterme.

Siempre he sido un intruso. No tengo modales  
pero suelo fornicar con una avidez irresistible  
y eso me allega amantes formidables, de altos peinados  
e inagotables tarjetas de crédito color platino.

Las mujeres me utilizan y se van. Los hombres  
me miran con desconfianza y tratan de hacer amistad,  
midiéndome de arriba a abajo con altanería.  
Los niños me admiran y suelen seguirme  
por los corredores de los castillos y las embajadas.  
Los ancianos científicos me examinan con curiosidad  
y dictaminan que no hay en mí nada anormal  
pero que el brillo de mis ojos revela  
un talante jaspeado de paranoia.

Tengo ante mí un libro francés decimonónico.  
No sé si voy a terminar de leerlo. No me gusta leer  
pero me lo recomendó una mujer  
de la que creo que estoy enamorado.  
No es que me importen demasiado el amor  
ni el libro, pero algo hay que hacer.

Yo puedo decirles a ustedes que ser un intruso  
es arduo y desalentador, a la larga.  
He perdido montones de palabras y ríos  
de energía de esa manera: es decir, sólo siendo un intruso.  
Estoy cansado y deseo retirarme.  
Pero ningún lugar del mundo y de los salones  
tendría para mí un rincón que yo pudiera tomar  
con naturalidad —y la arrogancia de los pobres  
me desazona y me deprime, así que no haré nada  
por ese lado. Retirarme, tan sólo, sí: ¿pero a dónde?

Es lo que estoy buscando en el libro francés  
que me prestó esa mujer. No encuentro nada y busco  
detrás de las páginas como si allí pudiera brillar de pronto  
el prometido paraíso de mi retiro.

Estoy cansado. Me refugiaré en el sueño. Pesadillas o no,  
es posible que en esa manera flotante  
y desapegada de estar en el mundo  
encuentre mi vía de salvación. No quiero entrometerme más.  
He sido un intruso, un entrometido. La paz sea conmigo.